



CUENTOS NEGROS
MAESTRO DE MARIONETAS

César Ortega Martínez

CUENTOS NEGROS
MAESTRO DE MARIONETAS



Primera edición: octubre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© César Ortega Martínez

© Ilustración de portada: Lizandra Rodríguez Rodríguez

ISBN: 978-84-18366-74-1

ISBN digital: 978-84-18366-75-8

Depósito legal: M-21379-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Al celeberrimo hacedor del Universo.

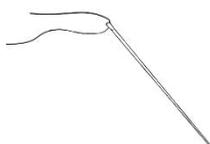
*A mi esposa Jammerys Arrebola Sánchez, quien ha
llegado a ser la religión soñada por Chesterton: «Aquella que
está en lo correcto, cuando nosotros estamos equivocados».*

*Al ilustre Marqués George von Viggia y a su maravillosa
Elizabeth, por todo su apoyo e inestimable contribución a mi
nacimiento.*

*A mi mentor, Yaroslavsky Arrebola, quien me introdujo
a la más adictiva de las triacas: Sofía per secula seculorum.*

El tejedor de cadáveres

Estados Unidos de América, año 1938



La habitación se encontraba a media luz. Era tal el silencio que se podía escuchar el sonido de las agujas al penetrar la carne fresca. La cristalería y los azulejos empotrados por todo el cuarto reflejaban vagamente los movimientos dentro del salón y, al centro del lugar, una criatura de piel grisácea bordaba un cadáver recostado en una mesa de operaciones. El tejedor practicaba su oficio con perfección: para eso había sido creado. Completamente desnudo, se observaba en su anatomía una multitud de cicatrices precariamente bordadas, como si hubiera aprendido tal artesanía con su propio cuerpo, y poseía, por todo el costillar, un arsenal de agujas de mayor o menor tamaño, rectas o curvas, que le permitía penetrar cualquier carne. Su cabeza estaba totalmente rapada y no tenía labios y sus dientes y encías estaban a simple vista, por lo que, constantemente, tenía que sacar su inmensa lengua para humectarse. En cambio, en la mesa yacía un cuerpo tierno que parecía haber abandonado la vida poco tiempo atrás y que contrastaba de forma atroz con la anatomía terrible del tejedor.

Tras haber bordado algunas carnes, la criatura trajo a la mesa una pequeña caja de metal, completamente plateada y de superficie

sudorosa. Luego comenzó a rebuscar entre la fría escarcha de su interior: un dedo, otro, un ojo.

—Este es el indicado— valoró el tejedor sujetando el globo.

En la misma habitación de la morgue otros tres cadáveres esperaban, sin saberlo, a que el bordador les cosiera las carnes y los tendones. Apartados a la sombra, a pocos metros del sastre, dos hombres platicaban:

—Por Dios, que mil años curan el dolor, pero tu estupidez sigue intacta.

—No te pases. Hoy tengo ganas de romperte el alma —respondió el rubio.

—¿Que no me pase? Esto es el colmo... ¿Desde cuándo *sutilmente* significa embestir con un auto? Cada vez que haces estos desastres tengo que hacer milagros para que el sastre recomponga los cuerpos... Aunque cabe decir que algunos de ellos lucen mejor ahora —dijo el de sonrisa amplia, mirando a uno de los cadáveres.

—¿Sastre? En todo caso será un carnicero —ripostó el rubio.

—Lo llamo *sastre* porque sus cuerpos bordados se ajustan perfectamente a mis intereses.

El rubio respondió con una mueca de hastío.

—Luego dicen que yo soy el estúpido. Creo que debes apresurar al *sastre*; no sea que nos sorprendan y tengamos que hacer un quinto cadáver.

—No te preocupes. A diferencia de ti, yo tengo la costumbre de concebir los planes al detalle. El encargado de la morgue estará fuera, al menos, por dos horas: aún tenemos tiempo...

Otra noche en el país de los saltimbanquis



El atracadero parecía esa mañana más mustio de lo común; un pájaro con plumaje de cristal se traslució mientras los rayos del sol lo atravesaban. El pequeño James alzó la mano como esperando recibir algo y, acto seguido, apareció el coloso que siempre lo acompañaba en la onírica tarea: un saltimbanqui que andaba sobre zancos que lo hacían tres veces más grande que un hombre promedio. Sin embargo, eran tan largos sus brazos que rozaban el suelo.

La delgada figura tenía el rostro de un tono azul oscuro y en las cuencas de la cara faltaban los ojos. A pesar del físico intimidante, el niño no le temía, pues lo conocía de antaño. Luego de intercambiar miradas por un momento, el saltimbanqui tomó la mano del pequeño James y ambos avanzaron por el atracadero hacia un banco que se veía a lo lejos.

Aquella despedida no fue particularmente difícil. El señor Hopkins no era un mal tipo, pero tampoco se podía decir que fuera un ser querido. En realidad, a James se le hacía molesto tener que caminar con el saltimbanqui para despedir a alguien tan poco importante en su vida.

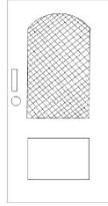
En la primera despedida, la caminata fue producto de un occiso apreciado, pero, con el tiempo, se convirtió en un ritual innecesario

para cada deceso trivial que le circundaba. A aquellos que poco conocía los veía partir a lo lejos, en otros atracaderos paralelos al suyo, y, mientras más ajenas le fueran las personas fallecidas, los días en que se despedían por medio del sueño eran menos precisos, llegando a marcharse hasta un mes después de su propia muerte.

Llegados al banco del atracadero pudo reconocer la cara del señor Hopkins, quien los saludó quitándose el sombrero, se levantó del asiento y se alejó hasta el horizonte, caminando sobre el mar.

James también vio, a lo lejos, en uno de los atracaderos circundantes, la silueta de lo que parecía ser una mujer. El niño alzó la mano en un gesto cordial, pero esta no respondió el saludo. Poco después, el saltimbanqui fijó sus cuencas en el horizonte, el espacio fue difuminándose y el sueño terminó.

El incidente en la morgue de la calle Fullham



Eran las cinco y treinta de la mañana cuando James Stealman despertó. No había dormido bien, pues soñó con el vecino del piso superior, el señor Hopkins. Este había muerto el día anterior en un accidente automovilístico; como sucedía con todos los muertos que James conocía, había tenido que despedirlo en sueños. Las extrañas pesadillas habían comenzado luego de la muerte de su madre y, hasta el momento, ni psicólogos ni pastillas habían podido eliminar el terrible fenómeno de su cabeza.

Sacando provecho del insomnio, James se preparó para salir al trabajo: tomó un baño, organizó algunos documentos y aceitó su revólver; lustró sus zapatos, tomó el portafolios y puso el reloj de pulsera en hora. Luego de alistarse, bajó las escaleras hasta llegar a la calle.

Desde hacía siete años el ahora detective Stealman trabajaba para el Departamento de Policía de Bear City con un desempeño satisfactorio, pero no destacado. En principio había optado por el trabajo solo para pasar el tiempo, aunque eventualmente le tomó el gusto y terminó quedándose.

Ese día en particular el trabajo se tornó tedioso, la ronda, interminable, y, para mal de males, las conversaciones con su colega

eran cada vez más exiguas. Ernie, su compañero —del que apenas conocía el apellido—, era un hombre de aspecto robusto, de bigote tupido e inmenso y también un fumador compulsivo; un padre de familia, conocido en toda la estación por su carácter flemático y poco dado a la aventura, lo que lo hacía ser conservador y estar feliz de que la ronda mantuviera su curso tranquilo.

Esa noche, casi al finalizar la ronda y para desgracia del taciturno Ernie, los detectives recibieron una nota reportando un incidente en la calle Fullham. El lugar del siniestro era una morgue construida desde principio de los años veinte: la filosa pulcritud del establecimiento invitaba a no permanecer ahí por más de tres minutos.

—¡Han desaparecido cuatro cuerpos! —dijo el encargado del lugar, rojo de ira—. ¡Esto es inaudito!

Mientras hablaba, su bigote negro se agitaba con violencia y la pluma de Ernie se movía sobria en el papel amarillento.

—Ladrones... aberrados... Ladrones aberrados: eso es lo que son. ¿Cómo pueden robar cadáveres? —gritaba el de la morgue.

Ernie preguntó algo sobre la hora del robo y pidió los datos de los cadáveres. El sujeto le respondió que solo tenían ficha de tres de ellos; el cuarto, por alguna extraña razón, les era desconocido. También le dijo que antes de entrar en la morgue había visto a un individuo rubio y de gran tamaño salir por la puerta del establecimiento, pero que en la obscuridad le habría parecido una confusión mental y solo ahora se daba cuenta de que no lo habían engañado sus ojos. Teniendo la información inicial, los detectives salieron esperando encontrar algo.

—Ernie —dijo James desde el volante—, creo que deberíamos avisar a cada familia de lo sucedido. Comienza por leerme los nombres...

—Elena Schneider, inmigrante y filántropa alemana... Herbert Wells y... Rufus Hopkins...

—¿Rufus? ¿Rufus Hopkins? —preguntó James asombrado.

—Sí. ¿Qué sucede? —respondió Ernie.

—Muéstrame la foto —tras recibirla, James observó por un momento—. Es él mismo. Es mi vecino —respondió atónito—. La señora Hopkins quedará destruida cuando sepa que robaron el cuerpo de su difunto esposo. Pienso que será mejor que yo le dé la noticia.

Cuerpo número uno



Al llegar al edificio de James, ambos detectives subieron las escaleras hasta el tercer piso. La puerta del apartamento se veía en mal estado y la cerradura parecía haberse violentado. Desde el pasillo podía sentirse la pestilencia que mana de la sangre. Los detectives, revólver en mano, irrumpieron en la habitación.

La imagen fue atroz: la señora Hopkins se hacía omnipresente en la habitación, pues sus carnes, de forma irregular, forraban las paredes; una gotera sanguinolenta repicaba en la calva blanquecina del señor Hopkins, que estaba frisado en el comedor con los ojos grises y el mostacho tinto en sangre. Por más que James lo intentaba, no podía entender la terrible escena. El señor Hopkins llevaba poco más de un día muerto y ahora se plantaba en medio de la habitación, como si nada.

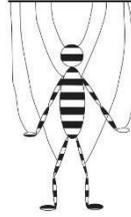
—Hopkins... Rufus... Eh...

James intentó llamarlo, pero el sujeto parecía no reconocerlo. La sonrisa desmesuradamente alargada e involuntaria, los ojos vacíos y la blancura azulina en la piel contrastaban de manera radical con el Rufus Hopkins que conocía. Pausadamente, el viejo introdujo unos documentos antiguos en una bolsa de nylon y, a la vez,

introdujo esta en la profunda herida que había en su abdomen. Un momento más tarde, echó a correr a toda velocidad, tratando de escapar. Los detectives intentaron atraparlo, pero el viejo mostró una destreza sobrehumana y llegó hasta las escaleras. Ernie lo siguió con movimientos felinos e hizo un disparo limpio en la nuca del ahora doble occiso. Después, sentenció en un suspiro:

—Sabía que esto iba a pasar... pero no quería que te enteraras de esta manera —dijo evitando la mirada de James, quien aún permanecía boquiabierto, sin entender.

Maestro de Marionetas



Los detectives subieron hasta el apartamento del señor Hopkins con el cadáver a cuestas. Luego, Ernie trancó la puerta y comenzó a buscar accesorios de limpieza dentro de la casa.

—¡No voy a mover un solo dedo hasta que me expliques qué rayos pasó aquí! —dijo James en un exabrupto.

—No te preocupes, muchacho, es lo que pienso hacer —respondió Ernie, tan calmado como siempre—. Hoy, oficialmente, has entrado en la Sociedad de los Cuervos.

—¿Qué? —preguntó James asombrado.

—Dime, muchacho, ¿qué crees haber visto hoy? Dime qué piensas acerca de este incidente. ¿Cuándo has visto un cadáver tan vigoroso como el del señor Hopkins? Para tu tranquilidad debo decirte que, estando en sus cabales, tu vecino jamás hubiera hecho algo así. Esto es interés de alguien poderoso y perverso —dijo mientras introducía una mano en el agujero abdominal de Hopkins. De ahí sacó la bolsa que antes el anciano había introducido y comenzó a leer los documentos—. Ya ves... Llevo persiguiendo a este sujeto por más de seis años y esto es lo más cerca que he estado de atraparlo. Eres mi amuleto de la buena suerte — dijo Ernie con una sonrisa.

—¿Podrías dejar los rodeos y acabar de explicarme de una buena vez? —preguntó James en malos modos.

—Verás, muchacho, en esta ciudad la cuota de maldad es más alta de lo que crees. Piensas en la mafia y crees que ya lo has visto todo, pero no has siquiera comenzado. Imagina sujetos con un poder tan grande que podrían tomar a la aquí presente carcasa de tu amigo y ponerla a trabajar en su favor. Realmente esta marioneta es un mal trabajo, un artificio vulgar; pero probablemente a esta hora ya el resto de los cadáveres —mucho mejor logrados—, estén insertados en su antiguo círculo social —o en otro—, sin saber siquiera que están muertos. Este Maestro de Marionetas controla los cadáveres a su antojo y puede lograr individuos perfectamente adaptados a sus necesidades, como en efecto... —sentenció Ernie, lanzando los documentos a las manos de James.

Mientras James leía, fue percatándose de que los documentos eran escrituras de un antiguo edificio en el centro de Bear City.

—Te diré lo que probablemente sucede aquí —habló Ernie, prendiendo un cigarrillo—. Este Maestro de Marionetas quiere, desde hace algún tiempo, las escrituras del edificio, en manos de la ahora dispersa señora Hopkins. Ella, por alguna razón, no quiere dejarlas. El primero asesina a Hopkins y lo convierte en su esclavo, intenta persuadir a la señora por medio de su difunto esposo, pero ella no cede; entonces sucede... esto —dijo, señalando las paredes con el cigarrillo humeante.

—¿Por qué no fue directo a por la señora Hopkins?

—No estoy seguro. Fue quizás algo al azar. Supongo que, cuando aprendes a disparar muchas veces, disparas porque sí. O quizá pensó que se hubiera visto muy sospechoso que la pareja muriera y al día siguiente apareciera alguien con las escrituras del edificio. No sé...

—De cualquier manera, los dos acabaron muertos —observó James.

—Sí. Parece que el plan del Maestro se fue a la mierda. No contaba con nosotros.

—Ernie, todavía no entiendo: magia negra, muertos que consiguen propiedades, Secta de los Cuervos... Estoy al volverme loco.

—Muchacho, no tienes por qué entenderlo. Solo acepta que, por razones ajenas a nuestra voluntad —pues aún no lo teníamos previsto—, ya eres parte de esto y ahora perteneces de facto a la Sociedad de los Cuervos, no a ninguna secta —aclaró—. Evacuadas tus principales dudas, ayúdame a limpiar este desastre y a tomar algunas muestras...

La Sociedad de los Cuervos



—Vaya, este día ha sido intenso... Al menos hay buenas noticias. Tenemos mucha información y, cuando los nuestros hayan terminado con los cuerpos, tendremos mucha más — dialogaba Ernie, más consigo que con James.

—Ernie, realmente no entiendo... Con tanta magia negra en esta ciudad, ¿cómo sabes que este es tu Maestro de Marionetas? —preguntó James antes de subirse al auto.

—¿No miraste la marca en su antebrazo? Por Dios, estás ciego. Cada uno de estos individuos tiene su propia marca, una especie de patente que avisa al resto de los de su clase que el lugar o la prenda es suyo. Para ellos esto es muy necesario y, para nosotros, la Sociedad de los Cuervos, ha sido realmente útil. El caso de este sujeto es especial; mientras lo he investigado ningún otro nigromante o criatura ha disputado sus propiedades. Eso habla de su poder absoluto, al menos, en la zona. Lo que más nos molesta es que su marca sea un cuervo. Creo que es una especie de burla hacia nuestra sociedad.

—Pero ¿por qué arriesgarse a robar cuerpos de una morgue cuando el cementerio está lleno de ellos? Además, si fuera el caso de que ellos mismos eliminaran a las personas, ¿por qué dejar que los cuerpos lleguen a la morgue? —preguntó James.

—Muchacho, los maestros de marionetas hacen magia, no milagros. Necesitan cuerpos frescos, según sea el caso, para poderlos insertar en la sociedad. Difícilmente alguien en su sano juicio sostendría una conversación con un cadáver descompuesto. Ahora, ¿por qué dejar que los cuerpos lleguen a la morgue? Imagina que el Maestro de Marionetas necesite de una vez varios cadáveres puntuales que deban ser asesinados y reanimados en un breve espacio de tiempo. Tendría que andar con un carro lleno de cuerpos por toda la ciudad, exponiéndose demasiado. Entonces, lo que regularmente hacen cuando los cadáveres puntuales son más de dos es llevarlos a una morgue donde el nigromante pueda trabajar libremente sin parecer sospechoso.

—Pero el problema es que a estos cuerpos ya se les había declarado oficialmente como difuntos cuando el Maestro de Marionetas comenzó a trabajar con ellos. Creo que el nigromante ha cometido un gran error.

—¿En serio crees que el Maestro de Marionetas ha cometido un error? Solo nosotros y el tipo de la morgue sabemos acerca de los resucitados. ¿En verdad piensas que alguien nos creería si le contáramos esta historia? ¿Crees que echaríamos a perder los planes del Maestro si habláramos sobre el tema? Esto es un riesgo calculado. En este caso, es mucho más fácil creer la mentira que la verdad.

Ahora, desde el auto, podían verse las afueras de un muelle y casi de súbito Ernie detuvo la marcha.

—Hemos llegado —dijo Ernie—. Ahora debemos llevar las muestras al punto.

Con trabajo se adentraron en el muelle y, cargando las muestras, llegaron hasta un contenedor inmenso en el que un rojo terracota se mezclaba subrepticamente con el óxido, haciéndole parecer añejo e inmundo.

—*El cuervo es astuto y solo la noche conoce sus prodigios* —recitó Ernie con voz de ultratumba frente al contenedor.

El contenedor fue abierto desde dentro hacia fuera, llenándoles la ropa de óxido. Entonces entraron.

La penumbra no les dejaba ver casi nada, solo a dos sujetos que llevaban sombreros Fedora, quienes los recibieron sin decir una palabra, tomaron la evidencia y los despidieron con un gesto cortés.

—Ya ves, muchacho —dijo Ernie al ver la desilusión en la cara de James—. Mientras más reservados seamos, mejor. Ahora te llevaré a tu casa y, por el camino, voy a pensar qué decirle a mi mujer cuando llegue a la mía.

James Stealman pasó los siguientes tres días con insomnio, dándole vueltas a su nueva gran revelación. Todo lo maravilloso, todo lo mágico y la praxis mística a la que ahora estaría expuesto lo abrumaban. Lo único que había hecho más llevadera aquella espera era la chica del frente. Hacía quizás un año que trabajaba en la floristería del señor Wilkinson y, desde los primeros días, había pasado de mirar a James tímidamente a hacerlo con descaro. James nunca la había visto coquetear con ningún hombre, sin embargo, desde hacía quizás una semana, no paraba de mirarlo. La chica tendría quizás veintisiete años y era realmente hermosa. Parte del cabello le discurría en ondas doradas hasta las mejillas y también hasta los ojos, almendrados y sinceros. Los labios, rojos como dos pétalos de rosa, el cuello delicado, las piernas torneadas: era un portento. Una o dos veces James había querido comprarle una flor y obsequiársela, pero la posibilidad de ser rechazado lo hacía repensar. El mismo número de veces creyó que sería mejor dejar las cosas así y empezar las mañanas con aquella mirada hermosa que lo seguía hasta que se perdía en la primera esquina. Pero ese día decidió dar un vuelco a la situación e invitarla a salir.

Luego de bajar las escaleras de su edificio, cruzó la calle y, en un momento, llegó a la florería Wilkinson.

—Buen día —balbuceó.

—Pensé que nunca vendrías —respondió la chica y James se paralizó.

—Qui... quisiera una flor especial, por favor —tartamudeó James.

—Mi nombre es Laura Bloomingdale —dijo la chica—, mucho gusto. James quedó frío de arriba abajo y el momento de romper el hielo se le hizo infinito.

—Mi nombre es James Stealman y te pido seas benevolente conmigo, pues me cuesta mucho hacer esto.

La chica, con una sonrisa pícara y, mordiendo el labio inferior, respondió:

—No creo que nadie deba estar apenado por comprar una flor.

James sintió de nuevo los calambres del nerviosismo, ahora más agudos, pues creyó haber malentendido la situación. Acto seguido, la muchacha comenzó a reír.

—Lo siento, es que me ha parecido gracioso hacerte la broma. ¿Puedo saber para quién es la flor?

—Para mi novia.

—Oh, perdón... Discúlpame entonces, no sabía...

La chica, apenada, buscó una rosa que tenía apartada en un búcaro de vidrio azulino, la envolvió y se la entregó a James sin demora y sin mirarlo a los ojos. James desenvolvió la rosa, la miró un segundo y, luego, acercándola a Laura, dijo con soltura:

—Mañana te recojo al salir de la florería, a las siete de la noche.

—¿No era la rosa para tu novia? —preguntó Laura.

—No, es que me ha parecido gracioso hacerte la broma —dijo James sonriente.

En ese momento, James sintió el claxon insistente del Packard de Ernie.

—¡Eh, Ernie, estoy aquí! —gritó James desde el frente y, después de despedirse de Laura, corrió hasta el auto—. Es extraño que vengas a recogerme, ¿qué sucede?

—Ayer recibí una nota desde las oficinas del Gran Cuervo donde nos pedían reunirnos con un informante en el Lothus Bar, a las once en punto de la mañana. Ah, también te felicitan por tu bautizo en nuestra Sociedad.

A James pareció agradarle la noticia, pero acto seguido comenzó a indagar.

—Ernie, he pasado estos días pensando en por qué me eligieron para el puesto — preguntó James sin rodeos.

—Es por tu singularidad, muchacho, tu problema de los sueños...

—¿Cómo pueden saberlo? —preguntó James asombrado y profanado en una sola oración—. He procurado no hablar mucho sobre el tema. Además, ¿en qué podría ayudar con mis sueños a la Sociedad?

—Primero, la Sociedad se reserva los derechos de vigilar, por medios ortodoxos o no, a cualquiera de sus integrantes o futuros integrantes. Además, debes saber que provienes de un linaje de singulares. Específicamente, heredaste la singularidad de tu madre.

»Por otra parte, tengo que decirte que tu singularidad es muy útil, sobre todo contra maestros de marionetas; solo tienes que saber utilizarla. Probablemente viste al señor Hopkins en sueños caminando por el atracadero; eso te habla de que era imposible que estuviera parado frente a ti porque ya estaba muerto. Una marioneta era lo que veías.

—Pero, ¿qué te da la certeza de que mis sueños sean correctos? —preguntó James.

—¿Quizás porque tienes una singularidad milenaria probada en cientos de Cuervos anteriores? —preguntó Ernie irónicamente.

—Y tú, ¿tienes alguna singularidad? —preguntó James inquisitivo.

—Tengo que explicarte que no todos los Cuervos tenemos que tenerlas, pero sí, tengo una singularidad. Por favor, no preguntes de qué se trata hasta que la veas, pues no te responderé. Esto me sirve para hacer los momentos claves más dramáticos —sonrió.

A las diez con treinta y siete minutos de la mañana, los detectives llegaron al Lothus Bar. James imaginó algo mucho más oculto, pero lo cierto era que estaba a plena vista de todos, en medio de la Hawthorne Street. No era lúgubre en absoluto, estaba lleno de luces por doquier y el jolgorio de los borrachos mañaneros podía sentirse desde fuera. Cuando James abrió la puerta del bar el griterío se multiplicó por dos, pero lo más impresionante fue que no

había tanto personal como el bullicio indicaba. El establecimiento parecía bien agradable a los ojos y la barra estaba perfectamente pulida; era motivo de orgullo en el lugar que las jarras de cerveza se movieran con tanta facilidad. El bartender era un gordo calvo y cincuentón que parecía indiferente incluso a los pedidos. James y Ernie tomaron asiento cerca de la puerta de salida y estuvieron un rato mirando el paisaje con desdén. A las diez con cincuenta y ocho minutos de la mañana, un sujeto bajito y regordete llegó de la nada hasta la mesa de los detectives, luego se inclinó sin flexionar las rodillas y recitó la clave de la Sociedad:

—*El cuervo es astuto y solo la noche conoce sus prodigios.*

Ernie asintió con la cabeza y el sujeto se sentó y le entregó súbitamente un sobre amarillo, sin sello.

El informante llevaba un ojo morado y Ernie, tratando de socializar, le preguntó, señalando el moretón:

—Amigo, ¿trabajo de campo?

—No, solo un trabajo mal organizado. El viernes anterior se me pidió entregar cierto sobre a un supuesto colaborador y, cuando comencé a recitar nuestra clave, el individuo solo me dejó adjetivar al cuervo. El resto de la clave se vio interrumpida por un puñetazo que me propinó, pensando que era yo un loco o un borracho. Pienso que fue un error de logística.

»Bueno, espero que la información les sea útil —dijo el hombre, para luego mimetizarse con el ambiente, utilizando su singularidad

Ernie y James se levantaron del asiento, guardaron el sobre y salieron del Lothus Bar.

Cuerpo número dos



Mientras Ernie manejaba el auto, James abrió el sobre y comenzó a leer:

—Herbert Wells, Juez del Distrito Seis en la ciudad de Bear City... Es información sobre uno de los cadáveres de la calle Fullham. Viene con la dirección y el cargo del hombre.

—¿Ves lo que te decía? El Maestro de Marionetas ahora posee un juez. Es probable que lo haya hecho para buscar dictámenes favorables en sus litigios del Distrito Seis. Esto será problemático, pues un juez de tal relevancia es siempre mediático y probablemente el nigromante haya hecho un trabajo de lujo con este cadáver —dijo Ernie.

Los detectives se dirigieron al Distrito Seis y siguieron la dirección que venía en el sobre. Mientras se iban adentrando, notaron que el juez no vivía en una zona residencial o lujosa, lo que les fue extraño. Al llegar frente a la casa pudieron comprobar lo que pensaban: desde fuera se veía bien arreglada, pero de forma austera. Era una vivienda pequeña para un hombre con tanto poder. Al subir los escasos escalones que daban a la puerta de la casa, Ernie tuvo que tocar a nudillo limpio, pues no había aldaba.

—Buen día —respondió un hombre bonachón de unos sesenta y cinco años—. ¿Desean algo?

—Buen día, quisiéramos ver al señor Herbert Wells —respondió Ernie.

—Está usted hablando con él —dijo el viejo—. ¿Viene a saber de mi vida privada o solo para hablar de mi dictamen en el caso Edward?

Los detectives pensaron por un momento y James trató de dar una respuesta rápida.

—Quizás venimos a un poco de las dos...

—Ah, entonces son ustedes de esos sensacionalistas ambiguos que me venderán como un muñeco de feria —los detectives quedaron frisados—. No se preocupen, mientras vendan la historia verdadera, no habrá problema —prosiguió el anciano como queriendo aliviar la tensión.

Ya dentro de la casa, Ernie pidió permiso, prendió un cigarro y comenzó a farolear con una agenda y un bolígrafo.

—Entonces, ¿podría explicarnos la sucesión de los hechos?

—Pues claro. Resulta que el señor Edward era un fanfarrón de primera y había regularizado el soborno en dos formas geométricas: una recta entre dos puntos A y B y una triangulación A, B, C. Explico: en la forma número uno el sujeto A era el sobornador y el sujeto B —el activo sobornable—, era abordado directamente. En la forma número dos el criminal seguía siendo A, pero, al ser B incorruptible, B pasaba a ser C y el nuevo sujeto B era realmente execrable...

El señor Wells continuó su narración tediosa por veinte minutos más hasta llegar al punto que los detectives querían.

—... Entonces andaba hace cuatro días, creo, caminando desde el juzgado hacia mi casa y lo último que vi fue un automóvil que me embestía. Sobre las dos de la madrugada desperté frente a mi verja, recostado en la acera como un vil borracho. Estoy seguro de que fue un matón de aquel Edward para darme un escarmiento, pero lo que no sabían es que debieron haberme ultimado. Al día

siguiente mi veredicto fue irrefutable y Edward cayó en manos de la justicia.

—Su historia ha sido verdaderamente extraordinaria. Si hubiera más hombres como usted en esta ciudad, nos iría mucho mejor —dijo Ernie, tratando de ser educado—. Creo que por hoy hemos tenido suficiente, pero quisiéramos visitarlo en otra ocasión para que nos cuente con más detalle sobre el hombre Herbert Wells.

—Gracias de antemano, eso será muy considerado de su parte —habló el juez.

Al salir de la casa, James notó en su compañero una expresión sombría que contrastaba con su semblante siempre indiferente y, estando en el auto, preguntó:

—¿Qué sucede? Pensé que nuestra conversación estaría más animada después del monólogo pedante de Wells...

—Muchacho, esto será más difícil de lo que creí —interrumpió Ernie—. Esta marioneta es una obra de arte. Siquiera sospecha que está muerto. Será bien doloroso cuando lo hagamos. Es más fácil perseguir a una marioneta vulgar que hacer lo que tendremos que hacer, más con un sujeto de tanta valía. Sin dudas este hombre es justo y pronto estará hecho un desastre, psicológicamente hablando, pues comenzará a actuar de forma opuesta a sus principios sin saber el porqué, sin saber que sus decisiones ya no son suyas...

—Ernie, ¿usualmente los maestros de marionetas trabajan solos?

—No. Es normal que varias de sus marionetas los acompañen. ¿Por qué?

—Estaba pensando en lo que refirió el encargado de la morgue, el rubio alto. Este sujeto podría ser el mismísimo Maestro de Marionetas o uno de sus cadáveres.

—Es cierto, la descripción es muy general, pero al menos tenemos algo...